

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / Vol. 24 - Nro. 26 - Año 2020
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Ave (Annie Vásquez) / *Cojedes* / de la serie *En alojamientos* / 2012 / mixta sobre tela / 35 x 35 cm

Reseñas



La oscura memoria de las armas

Ramón Díaz Eterovic
Fundación Editorial El Perro y La Rana
Caracas, 2018. 290 p.

Leonardo Bustamante

Universidad de Los Andes, Venezuela
Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe



¿Cómo citar?
Bustamante, L. (2020). "Ramón Díaz Eterovic.
La oscura memoria de las armas".
Caracas, Fundación Editorial El Perro y La Rana, 2018. 290 p.
Contexto, 24 (26), pp. 260-263.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Ramón Díaz Eterovic. La oscura memoria de las armas.

Caracas, Fundación Editorial El Perro y La Rana, 2018. 290 p.

La novela negra, también llamada policíaca, policial, noir, suspense o de enigma, representa una tradición literaria en la que un crimen, un detective, un método de análisis y una sanción son los elementos constitutivos de la narración. Así la desarrolla el modelo clásico del género, originado en Europa, específicamente en Inglaterra.

No obstante, la narración de Díaz Eterovic (Chile) no solo se amolda a la estructura convencional, sino que, además, como es usual en la narrativa criminal latinoamericana, orienta el discurso hacia la denuncia de la impunidad y el crimen como consecuencias de estados ineficientes y corruptos, presentando a la víctima como un potencial testigo que determinará o no la administración de justicia, en la medida en que le sea posible testificar.

Por la combinación de compromiso con los códigos del género y la habilidad para adaptarlo a los problemas político-sociales de Latinoamérica, la novela de Díaz Eterovic representa un punto de inflexión que visibiliza la presencia de un género de tradición, el cual, según un sector de la crítica literaria latinoamericana, no existe. Esta diatriba hace pertinente la revisión del trabajo de un autor que, declarativamente, se asume comprometido con el género como instrumento de denuncia de situaciones que vulneran los derechos de los pueblos de América Latina.

Publicada en Venezuela por la editorial El Perro y La Rana, dentro de la colección Los Ríos Profundos, la novela se ambienta en Chile durante la década de los noventa. La dictadura ha quedado atrás, pero no sus armas, cuyos clandestinos portadores todavía disparan desde oscuros rincones de cobardía y miedo. Heredia, detective privado, se encuentra en cesantía debido a la competencia que abrumba, lista para investigar “infidelidades y pruebas de paternidad de laboratorio” (p. 17).

En la novela policíaca, la construcción del personaje detective ha marcado una tradición que se inicia con Arsenio Dupin, para desplegar en la narración la confianza que tuvo el siglo XX en la racionalidad científica a través de Sherlock Holmes, y ramificarse en “racionalidades” más complejas como las del padre Brown en las novelas de Chesterton. Con mucha frecuencia, la figura del detective reviste tal vitalidad que el autor acaba produciendo un conjunto de novelas que se reúnen bajo sagas, que dibujan auténticos retratos del policía, encarnación del ideal de justicia.

Me sentí confuso después de escuchar la despedida de Virginia Reyes. Pensé en un rodamiento oxidado al que lo obligan a girar por última vez antes de ir a dar a la bodega de los deshechos. ¿Por qué investigar una vida que días atrás no significaba nada para mí, de la que desconocía su existencia? Curiosidad, malsana curiosidad que intervenía en mis asuntos con el sigilo de un escalpelo, me respondí (p. 28).

No en vano, el lector resulta en una especie de espejo del detective, porque ambos buscan que se diluciden el motivo del crimen y el rostro de los asesinos; por esto, la conciencia del detective es un texto ampliamente abierto al lector. Heredia (a diferencia de Sherlock, que toca pésimo el violín y consume drogas peligrosas) recita la poesía de los más destacados autores chilenos, sostiene reveladoras conversaciones con su gato de nombre Simenon (nombre del autor francés más destacado del policial); y ama, bajo un acuerdo de particular libertad, a su novia, Griseta. La carta abierta de la vida interior del detective se duplicará a través de un recurso narrativo del autor que introduce una dialogía personalísima entre este y su gato.

—Las horas arden más rápido que la viruta —dije a Simenon mientras veíamos alejarse a Griseta desde la ventana de la oficina.

[...]

—Cada año que pasa te pones más sentimental, Heredia.

—¿Y eso es malo? ¿Desde cuándo te convertiste en un gato duro?

—Nací en un callejón, no lo olvides. Cinco hermanos y una madre que nos dio lo justo para sostenernos en nuestras patas y echar a andar

—Tu infancia fue más triste que la de Oliver Twist.

—No te burles. La tuya tampoco fue una fiesta.

—Tal vez por eso es que nos comprendemos tan bien (p. 66).

Su cesantía terminará cuando su novia lo recomiende ante su amiga Virginia, quien sufre el irresuelto asesinato cometido contra su hermano Germán Reyes, por lo que volverá a las andanzas, abriendo la narración hacia un pasado oscuro, con personajes que, para evadir a la justicia, cobrarán vidas, paradójicamente, las de testigos sobrevivientes de aquellos tiempos oscuros.

Es así como esta novela, compuesta por 31 capítulos, rememora los horrores del campo de tortura de Villa Grimaldi, expone el estado actual de clandestinidad de los torturadores y recrea las “funas”, acciones de la ciudadanía organizada orientadas a la ubicación e identificación de los torturadores.

Heredia, movido por una decidida voluntad de justicia casi quijotesca, escarbará entre la suciedad que se esconde bajo la alfombra del poder, junto a un sector que exige justicia.

En esta alternancia entre lo paródico y lo oscuro de la memoria, la narración lleva al lector del entretenimiento a la intriga, de la risa al miedo y lo trivial a lo profundo, para desembocar en una seria reflexión sobre la falsa ilusión de paz que el poder construye toda vez que cesa la experiencia del horror. Díaz Eterovic, mientras ficciona dentro de marcos muy concretos de un género, lo recrea estratégicamente, deteniéndose en instantes en reflexiones sobre el mismo, sin tendencias ideologizantes y con una postura liberada de juicios sobre lo histórico ocurrido. Su novela es una huella que mantiene viva la memoria, dando cuenta de la naturaleza lúdica de un género de tradición que (como afirma Taibo II, escritor mexicano y figura representativa del género) no tiene nacionalidad.

Pero el aspecto decisivo por el que se invitaría a su lectura tiene relación con el tratamiento del horror que se manifiesta por el uso de la intriga, recurso que los lectores del policial por lo general esperan, pero que, debido al desgaste por su excesivo uso, resulta cada vez más difícil de lograr. Eterovic lo logra al proponer una relación de extrema cercanía entre la víctima (testigo), el personaje productor del horror (asesino) y el detective. De ahí que las tramas de develamiento de los asesinos, dentro de la experiencia lectora, provocan un complejo de percepciones estéticas que mezclan angustia con perplejidad, en un encuentro ante el horror generado por seres humanos leales a un determinado sistema de pensamiento, como es común en los regímenes totalitarios. Así, el contenido de lo patético se confunde con la forma de lo paródico de la narración cuando los asesinos recurran a escuetas justificaciones para declarar que solo cumplían con su deber, como eficientes cooperantes.